





AUTOBIOGRAFÍA DE  
UN DON NADIE



Jesús Huamán Huanascca

AUTOBIOGRAFÍA DE  
UN DON NADIE



Primera edición: diciembre de 2018

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Jesús Huamán Huanascca

ISBN: 978-84-17548-22-3

ISBN digital: 978-84-17548-23-0

Depósito legal: M-27921-2018

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España





## ÍNDICE

Una chacra en Viena. Prólogo de Fernando Iwasaki.....	11
El santo viajero (Cuento preliminar Andino) .....	13
Nacer en algún rincón olvidado.....	25
Un niño mimado .....	31
Paraísos terrenales.....	47
¿Qué era un distrito?.....	57
¿Otro juicio final?.....	61
Paraíso-ciudad.....	69
Cosecha festiva .....	73
Fin del mundo .....	79
Viaje al paraíso limeño .....	83
Dentro de una escuela limeña .....	93
Unos tíos ejemplares.....	101
Las desgracias suelen venir acompañadas .....	115
Huir de uno mismo.....	121
Saliendo del pozo .....	125
Sueños universitarios .....	131
Autoexiliado .....	135
Rescatado por un optimista incorregible.....	147
Aventura selvática.....	153
Arpista de las orquestas típicas huancaínas .....	157
Guerra fratricida.....	161
El colapso peruano .....	167
Cerca a la muerte.....	171
Reconciliándome con los libros .....	181

Universitarios peligrosos.....	185
¡Por fin profesional! .....	189
¡Andinos «descubriendo» París!.....	191
Decidido a recalar en la madre patria.....	203
Vocabulario quechua .....	207

## Una chacra en Viena

Mi paisano Jesús tiene el don de la música y de la palabra, porque tras una larga carrera como músico popular en los Andes peruanos y Europa, ha compuesto un libro que compendia sus aventuras, sus ilusiones, sus fatigas y sus satisfacciones. Los latinoamericanos en general y los peruanos en particular, no somos inmigrantes porque somos —más bien— la migración encarnada. Jesús lo fue incluso dentro del Perú, pues de Huancayo emigró a Lima y de Lima a Europa, donde ha sido residente en Francia, España, Alemania y por fin en Austria, donde tiene una chacrita en la que lo imagino sembrando achiote u olluquitos para aliñar sus salchipapas vienesas.

Jesús Huamán es un creador andino de la estirpe del Inca Garcilaso, que fue vecino de Cervantes en Montilla; de Dinosio Túpac Yupanqui, que fue celebrado por Carlos Marx; de Aurora Cáceres, que le abrió a Gómez Carrillo los salones de París; de Clorinda Matto de Turner, que defendió en Berlín los derechos de las mujeres, y de José María Arguedas, que descubrió en dos pueblos españoles la semilla que germinó en las comunidades andinas. Como todos ellos, Jesús Huamán ha dejado en Europa su impronta literaria y a mí —desde la soleada Andalucía— me halaga escribir estas líneas de pórtico a sus memorias volanderas y musicales.

Como la papa de los Andes, que ya se ha multiplicado por toda Europa como lo demuestra su constelación de nombres —*patata*, *potato*, *potet*, *kartoffel*, *cartof*, *krumpir*, *ziemniak*, *brambory* o *pomme de terre*—, Jesús Huamán es peruano y austríaco, latinoamericano y

europo, andino y tirolés, y así su *Autobiografía de un don nadie* podría ser también el diario de un violinista alemán en Buenos Aires, las memorias de una bailaora francesa en Sevilla o el libro de viajes de un tenor italiano en Nueva York, porque la vida de Jesús Huamán nos concierne por su condición de artista y creador.

Espero visitar un día la chacra vienesa de Jesús, para disfrutar de las papas de su amistad.

FERNANDO IWASAKI  
Sevilla, primavera de 2018

## El santo viajero

### (Cuento preliminar Andino)

—¡Taytacha (Dios) quiere un nuevo pueblo aquí! ¡A orillas del lago! —exclamó uno de los pastores. Los demás le contestaron a carcajadas.

—¡¿Estás loco tú Taytacha?! ¿Dónde? ¡A orillas del lago cabrían apenas cuatro casitas! ¡Y las galgas del cerro las destrozarían antes que termináramos de construirlas!

Las discusiones comenzaron la tarde en que uno de ellos, al buscar una cabra extraviada, halló un santo barbudo entre matorrales que orillaban al lago.

El lago de la discordia llenaba un pequeño cuenco pegado a un cerro. Sus laderas alledañas pedregosas eran tan empinadas que los bosques parecían trepar sus mareantes paredes. En el pequeño lago bullían patos, wachwas, truchas. Sus oscuras aguas, levantándose en oleadas ruidosas parecían protegerlos celosamente. Los pastores estancieros de las cercanías, juraban escuchar voces, ruidos, trasiegos nocturnos capaces de acobardar al más valiente.

—¡Está encantado! —repetían.

En días veraniegos, algunos viajeros y sus acémilas bebían del lago... aunque mirando cerro arriba, aguzando oídos y pies prestos a correr. Piedras, rocas de variados tamaños rodaban, zumbaban cual proyectiles arrojados desde la quebrada. Sus retumbos ensordecían: rookj, rookj, chakj, rookjrorokj... bumm..., remeciendo cascajales antes de hundirse laguna dentro. Durante los

oscuros inviernos tocaba padecer caminos anegados, resbalosos. Los viajeros, pastores y sus ganados huían de esos entornos en los meses lluviosos.

Pero un agosto soleado ya remoto, las oscuras aguas del lago brillan cual gigantesco espejo azulado. Algunos pastores se atreven a chapotear en sus orillas. Unos días más tarde, uno de ellos descubre al ídolo barbudo en la ribera de las galgas. El santo gesticula pesimismo, cansancio, ¿frustración? ¿Abandonó algún lejano pueblo descarriado?

—Puede que sólo descanse y prosiga su camino.

—Seguirá viajando... si las galgas no le destrozan —conjeturan los pastores. En aquellos primeros tiempos pasaban cosas semejantes.

Una semana más tarde, el santo permanece allí, ¡intacto!, pese a las galgas zumbándole las orejas.

—¡Estoy seguro! ¡He soñado! ¡Taytacha desea que fundemos un nuevo pueblo por aquí! —repite el pastor al cerciorarse del santo intacto y sin rasguños.

Los demás pastores fueron más mordaces aún.

—¿¡Un santo loco!? ¿Levantar un pueblo sobre un pantano?...

Otro pastor conjetura que el mensaje aconsejaría exactamente lo contrario:

—¡El santo advierte que nos larguemos cuanto antes de aquí! ¡A nadie le gustaría vivir al borde de precipicios!...

En aquellos tiempos, rodeaban al lago bosques y matorrales espesos, guarida de pumas, huidizos venados... En los pocos claros abundaban pastos engordacabras, vacas, ovejas, habituadas a esos barrancos y quebradas mareantes. Aquí o allá emergían chozas precarias de ichu.

Un par de semanas después, el lago agoniza, mejor dicho, queda un lodazal espumoso que amenaza tragar incautos... hasta que un atrevido pastor camina sobre él. La quebrada bulliciosa de los cantos rodados, ¿agotó sus galgas? Coincidencias o no, esos mismos días brotó un riachuelo cristalino metros debajo del lago ago-

nizante. ¡Milagro! Los pastores trasladan sus chozas sobre trozos ya secos del cuenco, dejando el centro aún húmedo, para la futura plaza principal. Alguien asoció las cuatro chozas nuevas con las ruidosas galgas: rrookj-rrookj, rrookj-rrookj-chakj. ROJKCHAJK sería el villorrio... o ya escogerían un nombre apropiado. Urgía más proteger al santo patrón bajo una buena iglesia, que bautizar aldeas.

San Marcos —ya habían identificado al santo viajero— ¿aprueba el nombre telúrico? O tal vez no le importen minucias. En todo caso, observa feliz al laborioso pueblo desde su capillita provisional de piedras y barro sobre el mismo lugar donde lo encontraron. «En algún futuro disfrutaré de iglesia», parece resignarse el Santo aventurero.

Los años pasan. Rocchac ya presume de ser pueblo consolidado, boyante gracias a lluvias oportunas, abundantes cosechas, ausencia de plagas, prolíficos ganados... mejor dicho, a los favores de machu (viejo) Marcos. En Agradecimiento, los rocchinos juran celebrarle grandísimas fiestas patronales todos los agostos venideros.

En su primera fiesta, San Marcos quedó asombrado que sus fieles organizaran fieros Atipanakuykuna (competencia entre Danzantes con Tijeras). Sus respectivos arpistas, violinistas, también rivalizaban. Cada danzante pretendía vencer al rival a piruetazos, giros, saltos mortales... Años más adelante hubo cuatro pandillas de danzantes. Pocas fiestas más adelante, algún mayordomo sorprendió a San Marcos con una melodiosa orquesta Huancaína: saxos, clarinetes, arpa y violín. Al año siguiente, otro mayordomo retumbó Rocchac «capitaneando»: encabezaba él mismo, montado sobre su caballo bailarín, una banda musical: trompetas, tubas, clarinetes y un bombo. Pero los danzantes seguían congregando a vivaqueantes hinchas. En reñidos Atipanakuy competían Galas Paucarinos y/o Huancavelicanos, sendas cunas de grandes danzantes. Arpas y violines, ceñidos a los tañidos metálicos, acallaban griteríos. Los galas pergeñaban saltos felinos, contorsiones diabólicas, volteretas

mortales... ninguneaban al rival, quien replicaba con igual saña. La multitud extasiada gritaba, vivaqueaba, alentaba, arrojaba frases zalameras, aplausos y billetes al ruedo de la competencia.

La fiesta del Santo Patrón incluía una venerada procesión como despedida fiestera: San Marcos, salía de su capilla entre algarabías y música, bendiciendo los rincones del pueblo hasta la próxima fiesta. Los Cargoyojk (anfitriones fiesteros) mejoraban siempre celebraciones pasadas, aunque se habían acostumbrado a postergar «para próximos años» la iglesia tantas veces prometida. San Marcos parece comprender a sus botarates fieles.

\*

El Perú malvive los años de la Guerra del Pacífico. Rumores agoreros llegan aún a rincones olvidados; ¡Estamos en guerra, Chile nos ataca! ¡Pero la guerra suena tan lejana, ajena además! Sabe Dios, a miles de leguas distante; a Rocchac no llegará nunca.

—Estamos hermanados con los Bolivias por nuestros salitres, dicen.

—Pero aseguran que los Bolivias son medio maulas, pueden dejarnos solos.

—Aunque sin Bolivias ganamos. *Dizque* el Perú es grande al lado de un Chile pequeño; tenemos más habitantes. ¿Qué son habitantes tayta? ¿Soldados no?

—Además nos defiende un tal Huáscar y Miguel Trau, un marino machazo taitas.

—De seguro les ganamos, ¿dónde *toavía* estará Chile?

—Perú, Bolivia, Chile, que estén en guerra pues, ¿qué nos importa? Que tengamos hartas cosechas, aumenten nuestros ganaditos, buenas fiestas y todo lo demás.

—¡No seas maula! Nosotros somos Perú y Chile, nuestro contra, puede robarnos los salitres. Cada nación tiene bandera propia, escudo, soldados, armas, buques de guerra, y si los chiles nos arrebatara alguna bandera, ¡perdemos la guerra! y peor *toavía*, seremos

chilenos de cuerpo, seso y alma, ¡por arte de magia! ¡Cómo será eso!

—Pero dígame tayta ¿qué *maldá* causamos a los Chiles o Bolivias pa'que enrabien contra nosotros? ¿Y pa'que nos sirve el salitre? ¿Y qué es salitre carajo?

La Campaña de la Breña revoluciona la Sierra Central peruana. Los victoriosos chilenos chocan con un aguafiestas rebelde: Andrés Avelino Cáceres, el «Brujo de los Andes». Tayta Andrés acaudilla a miles de inexpertos indios labriegos, ganaderos, artesanos. Los aprendices/guerrilleros enarbolan palos, machetes, hondas y pocos fusiles oxidados. Pero da igual, enfrentarán a victoriosos soldados profesionales chilenos.

Cholos e indios centro andinos observan que los chilenos guerrear torpemente (¿afectados por males cordilleranos?) a muchos kilómetros sobre el mar. En contraste, los nativos corren cual venados sorteando pedregales, quebradas o internándose en precipicios, como si respiraran a cuatro pulmones. «Taita Andrés» y sus guerrilleros acosan, atacan, y desaparecen cual fantasmas. Una noche plateada de luna llena, el Brujo sorprende a los araucanos, quienes huyen despavoridos ante enemigos ¡que brotaron de la nada! Los sorprendivos emboscadores, «dos flancos atacantes», eran llamas ingeniosamente «armadas» con palos, gorras, cencerros... Las tropas auquénidas proyectaban siluetas y estruendos sobre quebradas, valles o colinas. En ocasiones, el Brujo aparecía dentro de las cocinas cuarteras chilenas, disfrazado de roto campesino huanca, ofreciendo «papitas y choclitos» a los cocineros chilenos.

La estrategia del Brujo era simple. Propinaba sorprendivos golpes allá, otros certeros zarpazos por acá y se esfumaba entre cerros, quebradas, cuevas... ¿protegido por los Wamanis? Quizás. Ergúanse miríadas de cerros encadenados que empequeñecían a los invasores. El Wamani más sospechoso era el Huaytapallana; aún el sol tiritaba sobre su eterna cumbre helada. Una tarde despejada, cuando ya pisaban los talones del Brujo, desde los falderíos del coloso brotaron nieblas algodónosas impidiéndoles apresar al

brujo. ¿Existen de verdad esos Wamanis, dioses andinos vivientes y dolientes como aseguran los nativos?

—¡Creencias indias carajo! Blasfema un general chileno.

Empero, desconciertan, obnubilan a chilenos y/o ingleses que tramaron esa guerra robasalitre. Acaso el líder de la chusma malar-mada sea un verdadero brujo. «Un brujo valiente sin duda», reconocen los araucanos.

—Los peruanos *ñor*, ¿No eran más cobardes que las gallinas?

En cada batalla, los chilenos humillaron al Ejército Peruano. Pronto o más tarde, gobernantes y generales peruanos firmaron rendiciones. Algunos huyeron sin percatarse que el victorioso gavi-lán araucano blandía garras ortopédicas... dirigidas por los ingleses, amos mundiales de aquellos años.

Los chilenos husmean las inciertas huellas del Brujo. ¿¡Cientos de harapientos guerrilleros pueden esfumarse tras lomadas!? ¡Qué las entrañas del nevado Huaytapallana alberga su cuartel! ¡Los cón-dores pueden ser espías alados! ¡Que esos guerrilleros indios lu-CHAN bendecidos por los Wamanis!

Al principio, los chilenos persiguen cada sospecha, pero tras agotadoras marchas y contramarchas, solo «atrapan» rumores, es-cuetos chismes diseminados por el taimado Brujo ¡maldito Brujo! Si algún día cae lo desollarán vivo delante de sus guerrilleros. Ade-lante pues; jamás claudicar *ñor*.

Los invasores afinan estrategias. Si antes movilizaban pesados ba-tallones tras inciertas huellas del Brujo, ahora, decenas de patrullas operativas siguen «huellas fiables». Era de ver a entumecidos chile-nos enfrentarse a gélidas punas y páramos interminables, sin apenas recuperarse de mareantes quebradas, abismos intimidatorios.

Y, ¿una huella más?: Acampa por Rocchac, una aldea cerca al nevado Azapara, asegura una fiable fuente araucana... ¿Rocchac? El informe chileno detalla que es un villorrio perdido entre estri-baciones, lomadas, casitas de barro, piedras, tapias, ichu, indios, llamas... «A la medida del astuto Brujo», concluyen los estrategas chilenos. La altura y lejanía del paraje localizado le camuflaría ca-

maleómicamente ¡ajá! Allí tiene que esconderse el Brujo; irán al mismo fin del mundo a liquidarle. Rocchác, Roccha, Roncha ¡qué nombrecito impronunciable, carajo! ¿Dónde empieza el camino hacia Rocchac? Rocchac no existía en mapas o croquis chilenos... ni en el de los peruanos...

—Caminaremos, mejor dicho cabalgaremos si es preciso hasta el infierno, ¡con tal de atraparlo! En marcha pues.

El mejor batallón chileno del Cuartel Huancaíno cabalga hacia Parihuanca, cruzan los falderíos del Huaytapallana... Al segundo día columbran rumas de bohíos superpuestos, que en línea recta alcanzarían de un gran salto. Pero sobre los Andes las distancias engañan cual espejismos desérticos; aún tardarán un día bajando y escalando cerros para llegar a Rocchac. El villorrio otea desde su atalaya sobre aldeas yuncas orilladas por ríos lechosos. Desde aquel parapeto, el Brujo domina amplios panoramas. Obligaré rodearlo con sigilo gatuno, amparados por la noche.

El batallón araucano baja a uno de los tantos valles andinos paradisíacos de los nativos yuncas. Tras atiborrarse de frutas, calor, vivaquean consignas patrióticas ¡un grandioso Chile! ¡Y muera el Perú carajo!

Los guerreros chilenos toman una cuesta salpicada de magueyes, tunas, cactus sedientos y breñales indolentes. Es otra de las tantas laderas andinas trepadas a fuerza de maldiciones, sudores, resuellos... «Parecemos más montañeros que soldados profesionales ñon», despotrica un soldado chileno. Cogen un sendero que parece trepar una pared, describiendo zig-zags larguísimos; sus codos tuercen casi a la misma altura que el anterior; de esa laya, la senda trepa una montaña erguida mareante. El agradable calor yunca disminuye cada trechos cortos escalados; poco a poco invade una frescura que insufla algo de vagos optimismos. Pero kilómetros arriba, el traicionero Soroche marea; simultáneamente el frío, cual invisible puñal, traspasa médulas, almas. Aún faltan infinitos metros que subir, y ¿¡si el maldito Brujo les sorprendía en esos trances de escalamiento hacia Rocchac!?....

—¡Sorprenderemos de madrugada o nos iremos al carajo! —  
precisa el jefe chileno. Las horas del Brujo están contadas.

Una fría madrugada acorralan sigilosamente a Rocchac aún dormido. A una señal convenida irrumpen, atronan, retumban cerros y laderas. Son heraldos infernales rezumando pólvora, azufre y plomo. Los cuatro caminos de entrada están copados por chilenos armados. El fin del mundo, ¡el Apocalipsis descrito por los curas!

Pero ni rastros del Brujo... o algún guerrillero. La enésima frustración bestializa a la soldadesca araucana.

—¡Indios de mierda! ¿¡Dónde está el Brujo!?! ¿¡Dónde lo esconden carajos!! ¡¡Dónde, dónde!!

—¿Qué... que... qué brujo taytas?... ¿curandero? ¿Hechicero?... buen brujo necesitamos paque sane a nuestro Jefe Comunal, grave pues con chacho taytas.

Por respuesta, descuartizan a bayonetazos al moribundo dirigente. Tirotean a mansalva a unos cuantos rocchinos ante sus casas, pero «respetan» a las mujeres: ¡Ah mujeres por fin... tantos días!... Desvalijan casas y trojes, arrancaron incluso la medalla dorada que colgaba del cuello de San Marcos. ¡«Oro puro»! grita feliz el chileno.

¿Por qué erraron nuevamente los chilenos? Quizás los contraspias del Brujo fueron más astutos, o tal vez el pueblo/refugio del Brujo fuera Rocchac Chico, muchas leguas más adentro, acaso...

Los victoriosos chilenos corretean más derrotados por los Andes que por el Brujo. Algún general chileno blasfemaría: ¡País de mierdas! ¡Sus malditas montañas y falderíos interminables atravesados por senderos que marearían a las mismas cabras! Bordeaban abismos infinitos, ¡veleidosos climas cambiantes cada pocos kilómetros! En breves horas, tras candentes Saharas tiritaban sobre gélidos Himalayas, y no lejos de allí, quedaban atrapados por selvas espesas infestadas de alimañas. Cerros, ¡miriadas de cerros!, laberintos, contrastes mareantes como si el planeta resumiera aquí toda su orografía. Y ¡cómo medran en este infierno indios robustos! ¡Bestias! ¡No son cristianos *ñor!*... ¡y guerrear aquí carajo!

La frustrada soldadesca araucana decide acuartelarse en Rocchac «los días necesarios». Lamer frustraciones y continuar a la caza del escurridizo Brujo es la tarea prioritaria... si rondaba por esos lares. Días más tarde, raros indicios consuelan a los chilenos que el Brujo anda cerca. Mientras tanto, mujeres, cañazo, pachamanca, caldos de gallina... Después de todo, en el Perú incluso crecen palos rezumantes de jugos azucarados (los invasores sorbían asombrados los zumos de la caña de azúcar).

—Cierta *ñor*.

Los rocchinos malvivieron largos meses esclavizados. Soportaron crueles culatazos, patadas, sopapos, por insinuaciones de rebeldía. Sus trojes y ganados fueron vorazmente diezmados, mientras a ellos les arrojaban los mendrugos restantes, lo justo para sobrevivir esclavizados. ¿Cuánto duró aquel infierno? Los chilenos irrumpieron al final de la cosecha de maíz. Ya asomaba la fiesta patronal, pero en aquel infierno, cualquier celebración era lejano espejismo. La Navidad, el año nuevo, fueron vías crucis de hambre, frío, lluvias, barro. Mantener copiosos ágapes diarios duró un par de semanas. La papas, los maíces se agotaron, las gallinas y los cerdos fueron banqueteados rápidamente, obligando a los verdugos enviar «delegaciones» de rocchinos a pueblos vecinos por «contribuciones». «¡Sin intentar alguna jugarreta, so carajos!» ...

—¡O fusilaremos al resto de los rehenes!

Agacharse, maldecir destinos y rezar fueron los únicos consuelos. Empero algunos se aferraban a la más utópica esperanza: ¡Les salvaría el mentado Brujo!

Los esclavizados rocchinos confluían miradas esperanzadas a ese camino del frente que serpentea la ancha quebrada. Es una senda amplia, orillada de breñales y eucaliptos, bordeando el cerro adyacente. Desde allí se divisa todo el pueblo. Aquel camino lleva a otros mundos, hacia destinos mejores... quizás. Las grandes fiestas asomaban desde allí: los músicos, tras haber caminado día y medio desde Huancayo, descansaban largos minutos, afinaban sus instrumentos metálicos y despertaban a los cerros al son de muli-

zas o marchas militares: ¡El jolgorio rocchino empezaba mientras Priostes y Mayordomos enviaban chicha, cañazo a sus músicos!

¡Esta vez son certezas! Los chilenos gesticulan alarmados. ¡El Brujo anda cerca! Dos soldados chilenos que cazaban venados por la meseta Samanapata juran haberlo corrido a balazos.

—¡Era un imponente jinete barbudo sobre un brioso corcel blanco que voló literalmente sorteando nuestras balas —aseveran los soldados.

Los invasores levantan perentorias barricadas delante de las cuatro entradas del pueblo, mejor dicho, obligan a sus esclavos a punta de bayonetazos, patadas:

—¡La barricada más fuerte, carajos, sobre ese camino a Huan-cayo! —gritan los chilenos.

Un mediodía soleado, pero triste, algo asoma por aquel camino del frente. ¿¡Guerrilleros del Brujo!? ¡Sí! ¡Ondean banderas roji-blancas! Vienen impecablemente uniformados entre bosques de bayonetas caladas. Los ojos araucanos recelan ¡No es posible *ñor!* En aquel momento ululan lejanas cornetas al lado del repique de tambores. La columna guerrera se alarga tan compacta que desbor-da el camino hacia el pueblo. Los bizarros chilenos deciden «de-fender» Rocchac pese a su inferioridad. Escúchanse estentóreos gritos, perentorias órdenes y toda laya de maldiciones. ¡Maldito Brujo! Unos esperan al enemigo tras rocas del falderío; algunos se camuflan tras árboles; la mayoría de soldados chilenos defienden la barricada de la entrada escudados de sendos rocchinos. Un arau-cano iza su bandera sobre una casa. Envalentonados vivaquean y lanzan frases henchidas de «morir por Chile *ñor!*». Pero la realidad golpea cual certeras pedradas: ¿Guerrilleros?! ¡Las tropas perua-nas retumban tan nutridas que estremecen la quebrada entre pasos marciales, polvaredas! ¡Miles! Algún cañón ligero asoma y apunta hacia el pueblo. ¡El Mentado Brujo de los Andes! Los chilenos se imaginan derrotados en la inminente batalla. Aterrados balbucen: «¡Es la venganza carajo *ñor!*». Tanta sangre humilde derramada, crí-menes y abusos en nombre de la patria lejana, el salitre... ¡A los

caballos! ¡A los caballos! ¡Sálvense quiénes puedan *ñor!* A trompicones montan sobre sus caballos nerviosos; las bestias forcejean bridas describiendo cabriolas erráticas. Algo las desboca: al unísono cabalgan enloquecidas hacia los despeñaderos cercanos. Los rocchinos sobrevivientes quedan petrificados entre mezcolanzas de terror/felicidad ¡pero libres!

—¿Imatatag ruaschon taytas, mamaycunas? (¿Qué hacemos ahora?) —reacciona alguien.

Entretanto, el grandioso ejército entra a un recodo del camino antes de asomarse directamente al pueblo.

Los supervivientes lloran abiertamente cual niños

¡Trassscias tayta Brujollay! (¡gracias señor brujo!) Se arremolinan al medio de la plaza improvisando alguna comitiva de bienvenida, aunque, ¿qué ofrecer a sus salvadores?

Los cerros devuelven los ecos y fragores jubilosos del ejército. Pero pronto, tras entrar al recodo mencionado, el trasiego baja de volumen, cual ecos distantes. Sin duda toman posiciones estratégicas que impedirán a los chilenos matar rehenes. La espera detuvo al tiempo hasta tornarlo en silencio ominoso, larguísimos minutos, o acaso fueron horas... Alguien corre hacia la colina para advertir al Brujo de los Andes que ya sobran tantas precauciones...

¡¡Oh brujerías!! ¡¡Ni rastros del grandioso Ejército!! Todo, todo se ha esfumado. Aunque revolotea una densa polvareda atestiguan-do que aquello fue real. ¡Milagro! ¡Milagro!

—¡Taytacunas! ¡Mamacunas! ¡Fue taytacha Marcos!

—¡Milagro! ¡Milagro! ¡Papalindo!

—¡Trassscias Machu Marcos!

Los sobrevivientes corrieron a la capilla. El santo patrón mostraba un rostro enigmático/sonriente desde su humilde ruma de piedras. En aquel mismo instante empezaron a cavar los cimientos de las tantas veces postergada iglesia. Fue una tragedia que marcó época para el pueblo y alargó su nombre oficial: San Marcos de Rocchac.

Escrito entre los años 1985-1990 en Huancayo  
y retocado literariamente en Austria 2017



## Nacer en algún rincón olvidado

—Observa «chino», ¡1+1 no siempre suman 2! Estas papas cortadas que estamos sembrando te lo demostrarán, ¡retoñando como si fueran semillas enteras!

Aquel soleado atardecer, nos curvábamos ya desfallecientes, sembrando papas sobre una reseca chacra (parcela). Minutos antes, mi padre había resoplado disgustado al percatarse que faltarían semillas. Me sorprendió que empezara a trocear con su lampa las pocas papas/semillas sobrantes. ¿Sembraríamos papas partidas?

Terminamos los surcos finales sembrando papas troceadas; ya nos apremiaba un sol a punto de dormirse tras la cadena de cerros lejanos. Aún nos quedaba trepar quebrada arriba antes que oscureciera. La empinada chacra yacía sobre una ladera que terminaba besando un profundo río lechoso kilómetros debajo; sus lejanos zumbidos corearon incansables nuestros jadeos todo el día ¡si por algún milagro el río mojara las resacas parcelas! Tras 5 años «descansando», opusieron pétrea, terca resistencia, dejando doloridos brazos y piernas. El curvado shuki de mi padre y mi pequeña lampa (antiguas herramientas agrícolas incas) rebotaron como si golpeáramos piedras. Además, dejar la chacra mullida, sembrable, costó varios días: domar cascajales, despejar malas yerbas y matorrales tercamente enraizados. Nuestros bríos adicionales que otorgaban las hojas de coca masticadas, se disipaban rápidamente tras aquellos ímprobos esfuerzos. Al enterrar la última papa partida, mi padre rogó al ominoso cielo azul:

—¡Taytacha (Diosito) suelta un poco de lluvias! ¡Si no, estas papas sembradas morirán!

Los chiuchis (pequeñines) pueblerinos emulábamos a los taytas (padres) chacareros, pese a nuestros bracitos de colibrí comparados con los hercúleos brazos paternos.

¿Qué secretos encerraban las papas? ¡Retoñarían aun troceadas!, según mi padre. ¡Olía a trampa! De semillas partidas brotarían ¿plantas enanas?, ¿florearían? ¿Cosecharíamos la mitad? ¿O la tercera parte?

Tenía quizás cinco años, pero ya aportaba algo al yantar cotidiano. Los niños andinos teníamos que aprenderlo, respirarlo.

Vivíamos sendero arriba. Entre frondosos eucaliptos y saúcos nos esperaba Rocchac: un villorrio cuyas casas enanas escalonadas de paredes grises llenaban un pequeño cuenco. Las viviendas cercaban una plaza que solía transformarse en campo de fútbol, patio escolar o atrio eclesiástico. Rodeaban al pueblo lejanos conos verde-azulados cual serrucho circular gigantesco: la cordillera andina. Kilómetros debajo florecían valles cálidos de eternas primaveras y ríos tan profundos que parecíamos sobrevolarlos desde nuestra altura. A unos 350 km distante y 3200 m. debajo nuestro, batía sus olas el Océano no tan Pacífico. Huelga decir que nací entre Punas tan remotas que el próximo Cristóbal Colón desistiría descubrirnos. Pero a esas estratosféricas alturas respirábamos aires impolutos avalados por férreos pulmones; además gozábamos ambientes primaverales matizados por tímidos estíos. Desconocíamos fríos paralizantes. Las nevadas eran cosas de llamas, alpacas, huanacos, que las necesitaban para lucir sus lanudas estampas. Los agobiantes veranos eran lejanos incordios. Aires tan benignos desterraban achaques pulmonares, asma, tuberculosis... Entre laberínticos pliegues, cerros y quebradas nos sentíamos dueños de nada y todo a la vez.

Contaban algunos abuelos, que los primeros tiempos la plaza principal fue una profunda laguna encantada; siglos más adelante dejó un cuenco reseco, ¿tras sequías prolongadas?, o tal vez la desbordaron las galgas del cerro colindante. Los primeros siglos de acomodo, derrumbes frecuentes carcomían sus mareantes fal-

deríos. Tantos ruidos telúricos inspirarían a los fundadores su pedregoso nombre: Rokjchakj. Los Mapas peruanos de aquellos años ignoraban a Rocchac por su pequeñez.

Eran tiempos en que los mishtis (blancos) nos basureaban impunes como si fuéramos sus huéspedes indeseables, ¡Indios! ¡Estorbos del país! ¡¿En cualquier momento vendrían a «reservarnos» al puro estilo yanqui?!... O ¡¿ya vivíamos confinados?! ¿Explicaría por qué vivíamos engarfiados a quebradas, laderas mareantes?

En repúblicas «hermanas» cercanas, tras descubrirnos, nos aplastaron bajo plúmbeos mantos «civilizadores». En sus historias «oficiales» aparecíamos marginalmente, divinamente «descubiertos». Según esas fábulas históricas ¡nos rescataron de nuestras barbaries! Unos indios paganos, panteístas, justificaba subyugarlos. Aun así no pudieron desaparecer del mapa. ¿Por ser demasiados millones?

Los mishtis peruanos preferían las orillas del Pacífico y/o los valles andinos cálidos; en Lima, Callao, soñados paraísos, medraban nuestros mandamases patrios. Eran altaneros, presumían de culturas, tesisuras, abologos, religiones verdaderas; supremacías avaladas por bigotes y/o barbas sabias o calvas sabihondas. Eran alérgicos a nuestras milenarias improntas, el runashimi (idioma cotidiano) quechua o el aymara (idiomas andinos mayoritarios). «¡La gente decente habla en cristiano!», repetían. Sus castellanos o sacros latines, paridos en «cunas civilizadoras», eran bendecidos/avalados por Dioses verdaderos, Santas sedes. ¡Indios animistas! Estaba clarísimo que Dios nos había elegido... sólo para ser «descubiertos». ¿Algún injusto Creador condenaba indios a recibir sumisos golpes civilizadores en ambas mejillas?... «bienaventurados los humildes»... corroboraba la sagrada biblia.

En aquellos lejanos años infaustos, «nuestros» descubridores creyeron pisar suelo asiático; nosotros seríamos hindúes. Indios tan ignorantes incapaces de apreciar el verdadero valor del oro, plata... Tanta ingenuidad justificaba subyugarlos. Desde aquellos años ¡Indio! —a veces ¡Serrano!— quedaron como buidos insultos

que destrozaban autoestimas nativas. ¿Pecábamos por haber nacido sobre nuestras laderas y lomadas? Éramos extranjeros odiados... en nuestra propia casa.

Aquellos años vivíamos alejados de los mishtis pese a envidiarles sus adelantos, inventos civilizadores. ¡Habían domesticado las llamaradas cual mansas ovejas! ¡Podían embolsillarse fuegos latentes y encenderlos a voluntad! En esas cuestiones vivíamos en la prehistoria, ¿quizás en la edad de piedra? O de la madera; Obteníamos llamaradas frotando guijarros o palos secos. Al acostarnos rogábamos a Taytacha (Dios) que mantuviera vivo algún rescoldo, pero Dios o los santos solían ignorar nuestros ruegos. Casi siempre madrugábamos a mendigar brasas a los vecinos.

—¿*Ninallayki mamay?* (¿me da su brasa por favor?)... hasta la llegada de unas milagrosas cajitas: fósforos «Llama» que exhibía a esbeltos auquénidos dibujados en los frontales.

Humeantes leñas caldeaban nuestras ollas de arcilla, encajadas sobre cuatro piedras formando dos triángulos: la Tullpa (fogón andino) ennegrecía una esquina de la cocina, pero secaba a la vez leñas verdes recién troceadas. ¿Por qué siempre encajaban las ollas sobre esas piedras?

Comíamos en cuencos mates (carcasas de calabaza de la yunca, región andina semitropical); eran «platos» ligeros que armonizaban con discretas cucharas de madera. Nos sentábamos sobre suelos pelados o sobre troncos de maguey rodeando al fogón; apenas cabíamos mis padres, mi abuelita, mis hermanas y yo. Mi madre y/o mi abuela servían los platos humeantes según las edades, los mayores primero; yo era el último o penúltimo de la decena y casi siempre olvidaban servir mi plato como si fuera invisible. Las reiteradas omisiones me inducían a lagrimeos resentidos; mis padres solían consolarme con los mismos atenuantes:

—¡Estos olvidos significan que vivirás muchísimos años!

Eran tiempos en que comíamos lo que arrancábamos a las charcas, a los corralitos: gallinas, cuyes (cobayas), ganados... Muchos pueblos, entre laderas, valles, mesetas y lomadas, intercambiaban

sus cosechas, ganados, semillas, trabajos... Los villorrios friolentos ofrecían papas, okjas, mashuas, quinuas... (Alimentos que el Dios europeo olvidó mencionar en su Biblia), canjeables por maíces, frijoles, calabazas, frutas de la yunca. Nuestros panes eran las esporádicas humitas: maíz tierno molido y horneado entre piedras planas previamente caldeadas sobre cuencos abiertos al suelo: la Pachamanca (olla de tierra). Piedras marrones jaspeadas salaban lentamente las comidas. Bolas oscuras/pegajosas, las chancacas — zumo de cañas azucareras resacas — endulzaban la vida. Apenas comíamos frituras, o llegado el caso, cogíamos manteca porcina. Nuestros telares traqueteaban urdiendo hilos de llamas, alpacas u ovejas. Unos gránulos verdes/oscueros/espumosos de un arbusto lavaban las gruesas bayetas. Nuestros expertos chamanes-curanderos recetaban brebajes previo «rayos x Inca»: una autopsia prolija a cuyes (cobayas) restregadas sobre el cuerpo enfermo. Los cuyes chupaban, «fotocopiaban», mínimos achaques. Si empeoraba el enfermo, los chamanes corrían al pie del Apu-Dios andino más cercano; llamaban, suplicaban al nevado sagrado, preferentemente a medianoche.

Mi patria chica era realmente pequeña, anónima, perdida entre cerros y quebradas, aferrada a una lomada minúscula, tan remota, que el Dios europeo, ¿nos vería? ¿Entendería quechua? Los imprevistos de la vida y olvidos celestiales sabíamos suplirlos ayudándonos religiosamente: «todos para uno y uno para todos»: la comunidad andina.

Algunos domingos tañían las campanas pueblerinas convocando reunión comunal. Los comuneros, entre reproches fraternales, decidían reparar caminos y/o puentes o nos quedaríamos aislados. Alguien sugería cultivar o sembrar ¡ya! el maizal comunal; otros encontraban prioritario enyesar la descolorida iglesia, ¿retocar locales escolares?

A veces mengano, zutano o perengano levantaban casas nuevas o tapaban goteras ante las inminentes lluvias invernales; sabían que todo el pueblo les echaría una mano o las dos si estaban dis-

ponibles. Los beneficiados cocinaban succulentas schagtas (guisos) y mostraban caras melifluas, que traducidas al lenguaje comunal significaban: «devolveremos estos favores a vuestras mínimas insinuaciones». Aun no estábamos divididos por religiones «falsas o verdaderas».

Éramos tan prácticos que no rebuscábamos la quinta pata al burro sabiendo que trotaba con cuatro. Especular o acaparar cosechas, ganados, aún avergonzaba; aunque «civilizados» individualismos ya empezaban a socavar nuestras almas comunitarias.

Vivíamos de nuestros ganaditos y de las chacras regadas por lluvias puntuales; algunos oficios esporádicos también ayudaban.

Podíamos prescindir del esclavizante dinero; los únicos bancos cercanos eran los comunales... de maderas toscamente talladas a golpes de azuelazos. Las facturas mensuales y las hipotecas incordaban en lares lejanos. Podíamos canjear una ruma de papas por otra de maíz, una cabra por una oveja del mismo tamaño; una vaca valía un caballo, o «un día de trabajo en tu parcela por otro en la mía». De esa laya, crisis hambreadoras civilizadas pasaban inadvertidas en miles de villorrios andinos. O quizás las duras jornadas sembrando, cultivando, recultivando o cosechando impelía encomendarse al Dios Ahorro... que excomulgaba manirroto. Nos lo inyectaban desde pequeños; recordábamos a los mayores, caras serenas, regañándonos si descubrían restos de cosechas pisoteadas.

—¡Taytacha (Diosito) nos castigará si dejamos esos granos!  
¡Tantos días lampeando!

—¡Dizque los alimentos pisoteados lloran maldiciéndonos!

Tampoco éramos pueblos perfectos; a veces nos obnubilaban egoísmos, envidias, miserias, hipocresías; esporádicamente librábamos guerras subterráneas dignas de naciones democráticas desarrolladas.